

Un cuento inapropiado

Hacía días que el escritor no sabía por dónde arrancar. Habían pasado varias noches en las que estuvo en vela esperando ese mágico instante de inspiración. Pero nada, absolutamente nada pasaba por su cabeza que no le dejara esa extraña sensación de haber leído esa idea en alguna otra parte.

Su mujer se estaba inquietando, hasta había pensado en acompañarlo al médico para que lo revise, su forma de actuar era desconocida para ella, como si estuviese viviendo bajo el mismo techo con una persona distinta a la que había convivido durante treinta años.

Su hija también estaba confundida, ya no la ayudaba con la tarea de lengua, ni tampoco le preguntaba cómo le había ido en la escuela. El escritor había entrado en un estado de ingravidez tal que parecía tener algo adentro que, por alguna extraña razón, no podía salir de su mente. Estaba bloqueado, su estado de ánimo había entrado en caída libre en un pozo infinito donde solo le quedaba esperar el terrible impacto contra la dura realidad. Revolvía cientos de libros de su biblioteca, revisaba pilas de revistas que tenía olvidadas en su altillo, miraba fotos, muchas fotos, buscaba frases, palabras sueltas, releía apuntes viejos, buscaba esa punta del ovillo que le permitiese tirar y tirar hasta que una historia convincente saliera a la luz y si no fuese convincente que fuese atractiva, y si no fuese atractiva que al menos fuese cautivadora, interesante, pero sobre todo original.

Nada le parecía más deshonesto y horroroso que plagiar, aunque fuese a un pobre desconocido, prefería morir antes de robar ideas de otros. Sabía

que en algún momento la suerte o tal vez la desgracia iba a poner en su cabeza esas primeras palabras que le permitirían hilar una historia.

El escritor añoraba esas mañanas en las que las musas bailaban en su cerebro como si fuese un salón de baile y él persiguiéndolas jugaba a atraparlas para plasmarlas en papel, pero llegó esa terrible mañana en la que el salón quedó vacío, seco y frío sin siquiera un pequeño sillón donde sentarse o un rincón donde inspirarse.

Una noche pensó en volver a las tertulias literarias de los jueves, quizás juntarse con gente que tenían su misma vocación, su mismo amor por las letras le permitiría, al menos por osmosis, recibir una pizca de inspiración, pero no fue así. En el intermedio mientras tomaba un café recluido en una esquina, otro colega que lo noto raro se le acercó y le preguntó que le pasaba. El escritor, con mucha vergüenza, le confesó lo que le estaba pasando. El otro escritor lo abrazó y también le confesó que alguna vez había atravesado por lo mismo. Le dijo que habían sido épocas espantosa donde no se le caía una idea y que estuvo desesperado al borde del suicidio, pero que la última vez que le había pasado tuvo la suerte de visitar a una manosanta o curandera, como le suelen decir, que después de una sesión en su pseudo consultorio le había eliminado por completo su bloqueo. El escritor, lo miró con desconfianza, pensó que era una broma, pero el colega le juró y perjuró que aunque parecía cosa de mandingas, el resultado había sido efectivo y tenía garantía, si en una semana no volvía la inspiración, la bruja le devolvería el dinero.

A la mañana siguiente, llamando al teléfono que le había pasado su compañero de tertulias pidió un turno con la urgencia que el caso merecía.

Tomó el colectivo que lo dejaba en la dirección que le habían indicado en la llamada. Era un barrio tenebroso. La hora que lo había citado la mujer no era hora para andar caminando solo por esas calles, era peligroso. Cada paso que daba se arrepentía de haber tomado el consejo de su colega. Al llegar, tocó el timbre y le abrieron sin preguntar, subió dos pisos por la escalera y golpeó la puerta del departamento. Una voz ronca desde adentro gritó “Adelante”. Con timidez abrió y con pasos cortos se dirigió hacia donde venía esa voz de ultratumba. Esa segunda puerta estaba entreabierta, la habitación estaba completamente a oscuras, la ventana estaba cubierta con una cortina de terciopelo y en el medio del recinto había una mesa redonda con un bola de cristal incandescente y un plato hondo al costado. Detrás, solo el reflejo de unos ojos delineados podía distinguirse, la respiración de la mujer sonaba como si fuera un fuelle agujereado. El escritor estuvo a punto de darse vuelta y salir corriendo. Ella le dio la orden de sentarse con esa autoridad del que sabe que tiene un poder sobre la voluntad de las personas, en este caso un poder sobrenatural.

—¿A que ha venido hijo? —preguntó la bruja.

—Es que... Soy escritor y estoy bloqueado, hace tiempo que no puedo escribir dos líneas de corrido —le contó.

—¡Escritor! —repitió la señora esbozando una risa burlona.

—¡Bueno si! Aparte tengo un negocio de lencería, de algo hay que vivir... digamos... —se justifica.

—¿Y qué quiere escribir? ¿Cuentos, novelas, poesías? —indaga la mujer.

—Cuentos, con eso me conformo ¡Me hace feliz! —le responde.

—Por cuentos, el precio es 500 dólares, por novelas estamos hablando de otros números —definiendo el tarifario.

El escritor, sabiendo cuanto le iba a pedir saca los cinco billetes con la cara grande de Benjamín. Franklin y se los entrega.

La mujer se guarda el dinero en el escote, saca una cuchilla de hoja curva y le pide que extienda la mano.

—¿Qué me va a hacer? —le responde asustado.

—Para hacer este gualicho necesito unas gotas de su sangre, no le va a doler mucho, apenas le voy a hacer un pequeño corte en la yema de su dedo pulgar.

El hombre que a esa altura estaba jugado, extiende su brazo izquierdo y deja que la bruja proceda. Varias gotas de sangre caen en el plato. Luego ella saca un frasquito con un polvo y hace una mezcla que de a poco se hace consistente, la amasa y la deja como una bolita, la guarda en una bolsita de papel y le indica que debe enterrar la bolita con bolsa en un lugar con tierra, preferentemente entre plantas verdes. El escritor se fue y al llegar a su casa cumplió con precisión la orden que había recibido de la curandera.

Apesadumbrado, al día siguiente, con la duda de haber sido estafado, regalando esos quinientos dólares que tanto le habían costado ganar fue a la cocina. Con su pijama de invierno con sus brazos cruzados para cubrir su pecho y no enfermarse salió al jardín. Su mujer y su hija lo miraban desde la ventana con el dolor de aquellos que ven a su ser querido caminar con los ojos vendados hacia el paredón de fusilamiento.

Ni siquiera había tomado un café, ni siquiera les había untado la manteca en las tostadas como lo hacía de manera habitual. Esa vez cruzó la cocina sin un “buenos días” y se fue directo al jardín, bien al fondo pegado a la casa del vecino más precisamente. Se puso a observar los arbustos, buscaba algo. Movía las ramas y husmeaba entre los troncos, se lo veía seguro de que algo podría aparecer entre las raíces, buscaba desesperado, hundía su cabeza entre las hojas. Las espinas le dejaban rasguños en las extremidades. Se agachó, sintiendo la humedad fría del rocío en sus rodillas, su ojos verdes comenzaron a brillar, estiró el brazo derecho entre la vegetación hasta el hombro, podía notarse la expresión de dolor por las heridas que le producía la maniobra en su piel congelada. En un momento desaparece de la visión de su mujer y su hija, estaban asustadas. Se había metido por completo entre las plantas, como si quisiera esconderse de ellas.

Al rato, sus brazos comenzaron a salir de nuevo muy lentamente. Desde la cocina pudieron ver una pelota que apenas podía sostener en la palma de su mano embarrada. Luego, a los empujones, sacó todo su cuerpo sucio de tierra y se irguió con la pelota en alto como si fuese la llama olímpica. Su mujer pensó que podía ser de los chicos del vecino que se les hubiese caído y que por miedo a tocar el timbre para reclamarla, la hubieran dada por perdida. La mujer, se puso un abrigo y salió a ver qué pasaba, ya que su esposo, emocionado, mirando el cielo, seguía sosteniendo en alto la pelota.

Al acercarse, pudo darse cuenta de que la supuesta pelota, no era una pelota, ya que no era de cuero, ni de trapo, ni de goma, parecía que tenía una cascara marrón del mismo color y textura de los huevos que se compran en las granjas, pero no era un huevo, ya que no era ovalado, era redondo, perfectamente redondo pero parecía frágil, tan frágil como los huevos de las

gallinas. Espantada por el hallazgo, le preguntó a su esposo, que seguía en transe, qué era eso extraño que había encontrado, él le respondió sin dudarle que ese huevo era su próximo cuento que pronto iba a nacer.

Con cuidado el escritor volvió a la cocina llevando las esfera o el huevo redondo. Le pidió a su hija que trajera una toalla para poder apoyarlo, la mujer quitó las frutas que estaban en el tazón del centro de la mesa y a manera de nido, ubicó el huevo redondo sobre la toalla. El escritor se sentó a la mesa y respiró, tomó una tostada y la untó con manteca. Algo bueno parecía que estaba por suceder.

Una semana después, el huevo redondo seguía en medio de la mesa de la cocina al lado del pan de manteca y de las tostadas y ni siquiera mostraba alguna pequeña señal de que empezaría a descascararse. El escritor pensaba en personajes ficticios y también en reales, imaginaba un inicio atrapante que invitara a seguir leyendo, buscaba un conflicto y un desenlace, pero nada de lo que pensaba podía enhebrarse en una trama que tuviese algún sentido. Viendo que su marido estaba entrando en un espiral de locura pasando horas y horas con los ojos fijos en el huevo redondo decidió darle fin a la chifladura del pobre escritor.

—¿Quién te puso la idea en la cabeza que de esta pelota va a salir un cuento? —le recriminó enojada mientras su hija se tentaba de risa.

—Fue en la tertulia, a un colega le paso lo mismo y fue a lo de una señora... digamos una bruja y le quitó el bloqueo —respondió.

—¿Una bruja? —repitió sorprendida.

—¡Si! Y le pegué quinientos —se sinceró, dejando ver su arrepentimiento.

—¿Quinientos pesos? —preguntó sorprendida.

—¡No! ¡No! ¡Quinientos dólares! —respondió el escritor a punto de romper en llanto.

—¡¡¡Quinientos dólares!!! ¡¡¡Pero te volviste loco!!! ¡¡¡Todos nuestros ahorros!!! ¡¡¡Estás loco!!! No estamos vendiendo nada en la lencería. ¡Apenas podemos pagar el alquiler! ¡No llegamos a fin de mes! ¿Y vos le das quinientos dólares a una chiflada? ¡No puedo creer con quien estoy viviendo! —le gritó con furia dando un puñetazo sobre la mesa que hizo que el huevo redondo se descascarara y dejara salir un líquido nauseabundo que dejó a los tres sin aire.

El huevo redondo soltó su clara espesa y su yema marrón oscura apestando toda la cocina. La mujer del escritor, agarró con cuidado el huevo desde los extremos de la toalla para no ensuciar y lo puso en una bolsa de nylon negra que terminó en la basura.

El escritor se dio cuenta que había sido engañado con el cuento de que con ese huevo le iba a volver la creatividad y podría volver a escribir cuentos, por eso sacó la bolsa negra del tacho, la ató bien para que no despidiera olor y volvió en el colectivo a lo de la bruja. Caminó las cuadras que ya había transitado pero esta vez a toda velocidad con su bolsa con el huevo podrido colgando. Tocó el timbre y le abrieron sin preguntar, subió los dos pisos por la escalera y tocó la puerta del departamento. Escuchó la voz afónica de la curandera que gritó “Adelante”. Caminó decidido hacia la habitación y

cuando la tuvo frente a frente le apoyó la bolsa de nylon en el plato hondo que tenía al lado de la bola de cristal.

—¿Qué le trae por acá? —le preguntó la bruja.

—¡Nada! Devolveme la guita —le ordena de muy mal modo el escritor.

—¿La guita? ¿Qué guita? —le responde ella haciéndose la tonta.

—La plata que te di, los quinientos dólares de cara grande que te di para que me saques este bloqueo y pueda volver a escribir cuentos —le reclama apoyando su manos sobre la mesa e inclinando su torso hacia ella.

—Bueno... ¿Pero que paso...? ¿No pudiste escribir? ¡Hay que tener un poco de paciencia para ver los resultados —le trata de explicar la bruja.

—¡Devolveme la guita ya! ¡O voy a llamar a la policía! —fue la amenaza necesaria para que la mujer entrara en razones.

La bruja, metió su mano en el escote, revolvió en su corpiño y sacó un fajo de dólares, separó cinco y se los entregó.

El escritor volvió a su casa feliz de haber recuperado el dinero, solo ansiaba mostrarle a su esposa y a su hija que el dinero de los ahorros estaba de vuelta y prometerles que a partir de ese día todo volvería a ser como antes, como cuando eran una familia feliz.

Esa misma noche se sentó frente a su máquina de escribir y como si hubiese estado enchufado a una usina de ideas empezó a escribir y a escribir sin parar.

A la semana siguiente, volvió a la tertulia con una carpeta llena de hojas que había escrito para poder compartir con sus colegas. Cuando le dieron la

palabra, frente al micrófono, pudo leerles la historia de un hombre que había perdido la inspiración y que por culpa de una bruja, en contra de su voluntad, termina escribiendo un cuento inapropiado.